



TEORÍA POLÍTICA DE LO INEXORABLE Un manifiesto teológico judío para el siglo XXI

Por Carlos Escudé
Najmán ben Abraham Avinu

“Por mucho respeto que merezca en razón de su utilidad y antigüedad, predecir el fin de los tiempos nunca ha sido redituable.” Tal, por lo menos, es la autorizada opinión que Edward Gibbon nos legó en su *Historia de la Decadencia y Caída del Imperio Romano*.

Pero nuestro Talmud jamás ha recurrido a la demagogia por omisión de quienes se abstienen de decir su verdad por temor a la desaprobación popular. No sorprende entonces que en él se haya fijado un año límite para el cumplimiento de las profecías bíblicas relativas a los tiempos finales. Esta audaz profecía sobre la profecía, explicada en minucioso detalle siglos más tarde por mi maestro Najmánides, se encuentra dos veces en el Babilí: en Avodá Zará 9(a) y Sanedrín 97(a) y (b). El fin de los días, *ajarit hayamim*, acaecerá a más tardar en el año 6000 del calendario hebreo, o sea en 2239-40 del gregoriano.

En ambos tratados se cita al *Tanna debe Eliyahu*, un antiguo midrash que enseña:

*“Porque el mundo que conocemos fue pensado para permanecer seis mil años (...). (Y) así como nosotros cumplimos con el precepto de que uno de cada siete años será de descanso, también El Santo nos proveerá un día de descanso, un día que durará mil años (...). Al final de este año sabático de días hará su entrada el tiempo del mundo-por-venir, un mundo en que la muerte nunca pero nunca más será.”*¹

Ya en el siglo XIII, Moshé ben Najmán explicó la lógica subyacente a esta interpretación midrásica y talmúdica de la profecía. Mi ilustre homónimo gironí creía que a medida que la historia humana se desenvuelve, aumenta nuestra capacidad para descifrar enigmas bíblicos, y que su discernimiento era por tanto superior al de los tiempos de la Guemará. En su opinión, los significados literales y secretos de la Escritura, *peshat* y *sod*, están yuxtapuestos. Lo oculto se va develando a medida que la humanidad transita por el camino que va de la Creación a la Redención. Los tiempos humanos y cósmicos son diferentes entre sí pero están interconectados. Dios proveyó al hombre del sol, la luna y las constelaciones, que son una

¹ El *Tanna debe Eliyahu* fue redactado por etapas entre los siglos III y X. Los sabios talmúdicos tuvieron acceso a los tramos de redacción más temprana y lo citaron varias veces como fuente de gran autoridad: “El *Tanna debe Eliyahu* enseñó...”. Uno de los temas que lo recorren es la evolución del mundo desde la Creación hasta el fin de los tiempos. Los seis milenios que nuestro mundo habrá de durar se dividen en tres períodos de dos mil años cada uno, después de los cuales sobrevendrá la paz. Según varios autores, el cristiano Agustín de Hipona (San Agustín, 354-430 e.c.) tenía una teoría parecida. Véase *Tanna Debe Eliyahu: The Lore of the School of Elijah*, traducción al inglés de William G. Braude e Israel J. Kapstein, Filadelfia: Jewish Publications Society, 1997; ER, cap. 2, folios 6-7 de la fuente, pp. 12-13 de la traducción.

suerte de reloj cósmico; una tecnología natural para medir el tiempo que transcurre en la Tierra mientras el hombre la habita. A su vez, la sociedad humana es un vector que empuja permanentemente hacia adelante, rumbo a la Redención. Hay toda una filosofía de la historia codificada en la Torá, que según el maestro es increada.² Sus símbolos historiosóficos prefiguran e incluso predeterminan el futuro del mundo.³

Aunque parezca fantasioso a una audiencia posmoderna, el cálculo escatológico es sencillo. Según el Rambán, si la Creación fue consumada en seis días la Redención habrá de completarse en un múltiplo de seis. Es por eso que el fin de los días profetizado en la Biblia se producirá en seis milenios, cada uno de ellos simbólico de un día de la semana primordial. Posteriormente hará su ingreso todo un milenio de gozo mesiánico representativo del Sábado, cuyo advenimiento celebraremos con un *lejá dodí*, un celestial himno de bienvenida a la novia Shabat, bienamada del pueblo de Israel.⁴

¿Poéticamente primitivo? Sin duda, si no fuera porque cuando estas precisiones fueron plasmadas en el *Tanna Debe Eliyyahu* y en el Talmud, muy lejos se estaba de saber que en el año 5705, o sea en 1945 e.c., apenas 305 antes del año límite, nacería una era nuclear caracterizada por la proliferación de armas de destrucción masiva que habilitarían al hombre para cerrar el ciclo de la vida en la Tierra.

Asombrosamente, en 1945 las premisas historiosóficas de Najmámides se vieron confirmadas. El advenimiento de la era nuclear permitió verificar que el transcurrir de la historia humana facilita la interpretación del significado oculto de las Escrituras. No es lo mismo leer la Biblia ante la presencia de armas atómicas, químicas y bacteriológicas, que en el estado de inocencia de una humanidad que las desconoce. Cuando el hábitat humano parecía infinito e inacabable había poco fundamento para suponer un fin de los días. Las lanzas, sables y carros de batalla, incluso la pólvora, eran una amenaza para las vidas, pero no para la vida. La sangre abonaba la tierra. Y si la profecía bíblica parecía sin sustento, tanto más la puntualización talmúdica: 6000 años como límite. Pero lo que antes estaba oculto ahora está a simple vista. Los tiempos humanos y cósmicos están interconectados al punto que la evolución de la tecnología del hombre hace posible el cumplimiento de un Plan Divino pronosticado más de un milenio y medio antes de la llegada de esas tecnologías.

Por otra parte, lo acontecido no fue el producto de una generación espontánea. En los últimos dos siglos se ha venido produciendo una impresionante aceleración en el recorrido escatológico del pueblo de Israel y de la humanidad entera, permitiendo precisiones cada vez mayores respecto de las profecías bíblicas. La revolución científica, que había sido precedida por los descubrimientos de ultramar de España y Portugal, convirtió al globo terráqueo en una sola unidad, finita y por tanto pasible de ser destruida.

A su vez, hasta el comienzo de la emancipación de los judíos europeos en 1791, desde la perspectiva del pueblo de Israel la historia parecía estancada. La subordinación y humillación habían signado la existencia judía desde la destrucción del Segundo Templo en 70 e.c. Aunque

² También según el Midrash Tanjuma 1 y el Talmud Yerushalmí en Shekalim 25(b) y Sotá 37(a). Indicativa del mismo concepto es la sentencia talmúdica “no hay un antes ni un después a la Torá”, que se encuentra en Babli Pesahim 6(b), Sanedrín 49(b); en Yerushalmí Shekalim 25(b); Pesajim 31(b) y Sotá 37(a); y en el Midrash Tanjuma 8.

³ Nina Caputo *Nahmanides in Medieval Catalonia: History, Community, and Messianism*, Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 2008, p. 53-56 y 65-77.

⁴ Una teoría muy similar fue plasmada un siglo antes de Najmánides por otro ilustre catalán, el matemático, astrónomo y filósofo Abraham bar Hiyya, que vivió en Barcelona entre 1065-70 y 1136, e.c.

durante ese intervalo de mil setecientos años se hicieron cosas tan importantes como asentar la Ley Oral por escrito, nada parecía indicar un resurgimiento. La profecía que le asignaba al pueblo judío un lugar protagónico en la inauguración de la Era Mesiánica parecía Letra muerta. A partir de fines del s. XVIII, sin embargo, el protagonismo del pueblo de Dios en asuntos mundiales comenzó a crecer a ritmo vertiginoso. La emancipación aún no había terminado de consumarse en Europa cuando, en 1896, Theodor Herzl publicó *Der Judenstaat* y procedió a fundar el Movimiento Sionista con vistas a la creación de un Estado judío.

En rápida sucesión siguieron la Shoah y la creación del Estado de Israel. Por cierto, ya en tiempos de Herzl, la descendencia de Yaacov, que nunca había dejado de tener presencia en el Levante, representaba más de la mitad de la población de Jerusalén, viabilizando la erección del Estado judío en la Tierra Prometida. En 1922, con el viejo Imperio Otomano desmembrado como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, la Liga de las Naciones creó el Mandato Británico de Palestina, adjudicando al Reino Unido la misión explícita de crear allí un “hogar nacional judío”.

El régimen nazi alemán combatió este renacimiento. Primero auspició el éxodo judío de Alemania; en 1935 promulgó las Leyes de Núremberg; en 1938 inició persecuciones sistemáticas, y a partir de 1941 se abocó al exterminio planificado. La Shoá implicó la destrucción de la judería europea y el aniquilamiento de la mitad de los judíos del mundo entero. Derrotado Hitler, sin embargo, el premonitorio sueño de Herzl se concretó.

De repente, y desde 1948 hasta la fecha, las piezas están todas en su lugar para la consumación de la escatología bíblica. Por primera vez desde la dinastía hasmonea, la Tierra Santa está bajo la soberanía del pueblo de Dios. Y con la culminación del Proyecto Manhattan y la puesta a prueba del armamento nuclear en Hiroshima y Nagasaki, el género humano ha ingresado a la última fase de su historia. Najmánides tuvo razón. El devenir clarifica el sentido de las Escrituras.

Por cierto, si hay una reiteración en la historia humana, es que en todos los siglos se registran guerras totales, que son aquellas en que las principales potencias usan la totalidad de sus recursos bélicos y económicos para destruir a sus enemigos. En el siglo XX hubo dos de ellas, las más destructivas de la historia hasta el presente. Y la próxima, que ya se insinúa en la virulencia del extremismo islámico, bien podría ser la última.

Los “optimistas” opinarán que, frente a la macabra realidad de que las nuevas tecnologías de destrucción pueden aniquilar incluso al Estado más poderoso, ya no habrá guerras totales porque nadie apelará a sus armas más potentes. Pero ese juicio tiene escaso sustento. Es mera conjetura que ignora otra constante histórica: que todo siglo tiene su “Hitler”. ¿Qué es un Hitler? Un demente asesino a cargo de los destinos de una gran potencia; un Milosevic en la Casa Blanca; un Pol Pot en el Kremlin.

En verdad, una fácil estimación de probabilidades nos dice que la conjunción política que dé curso a la batalla final contra Gog y Magog, precipitando el fin de los días, se producirá casi inevitablemente en algún momento de aquí al año 2240. Lo mismo nos dijo el Talmud hace más de un milenio y medio, sin ningún conocimiento de los medios tecnológicos que eventualmente harían probable el desenlace profetizado en la Biblia.

Si compartimos la fe de mi maestro Najmánides, sólo nos queda regocijarnos, porque el triunfo contra Magog abrirá las puertas a la más gloriosa de las eras: el Shabat de los milenios.

¡Lejá Dodí!